

MORIA<sup>1</sup> DE RUSSELL P. SEBOLD: LA INCANSABLE  
BÚSQUEDA DEL SENTIDO CUMÚN EN LA CRÍTICA  
LITERARIA

PEDRO M. MUÑOZ  
Winthrop University

Tras una larga carrera profesional, crítica y pedagógica, el profesor Sebold agrupa en un libro de más de quinientas páginas una extensa colección de ensayos publicados en el diario ABC entre 1985 y 2001. Sin embargo, no todos estos trabajos parecen haber sido escritos con la intención de ser publicados en un periódico; el volumen adolece, por tanto, de irregularidad temática. Se puede notar muy pronto la diferencia entre aquellos trabajos más típicamente periodísticos —reflexión sobre asuntos triviales y cotidianos— y los claramente destinados a un lector interesado en la literatura. Pero aún en estos últimos se observa claramente el esfuerzo consciente de mantener un estilo que pueda ser asimilado por un lector no especialista; y es que Russell Sebold aborrece la crítica escrita exclusivamente para críticos. Independientemente del variado nivel de amenidad en el libro, es obvio, de principio a fin, que el profesor Sebold no siente ninguna simpatía por el lenguaje ultra-técnico que tanto se ha intensificado desde los años semiológicos de Ronald Barthes.

En esta extensa colección de 101 artículos están contenidas todas las ideas básicas del crítico norteamericano. Los primeros 34, los de meditación personal, están muy en la tradición anglosajo-

---

<sup>1</sup> *Moria: Ensayos de meditación y crítica literaria*. Russell P. Sebold. Salamanca: Ediciones de la Universidad de Salamanca, 2004.

na de digresiones sobre detalles de la vida cotidiana. La segunda parte la constituyen 25 artículos de crítica literaria dedicados al siglo XVIII, mientras que la última parte (42) se dedica a la literatura del siglo XIX.

La segunda y tercera partes constituyen lo más valioso del libro. El discurso crítico supera aquí el discurso «personal» de los primeros trabajos. En este primer bloque el profesor americano recién jubilado comparte con nosotros, no sin cierta ternura, sus dificultades con las cosas baladíes y cotidianas: hacer las maletas, dominar la informática, describir sus actividades bibliománicas, sacar la basura... detalles de la vida diaria cuyas descripciones vienen a resultar tan poco inspiradoras como los temas de que tratan. Sólo en algunos de estos ensayos consigue el autor provocar el interés del lector, sobre todo en los que relata sus primeros e ilusionados viajes a la España de los años cincuenta, o donde nos habla de sus recientes problemas de salud. En estos casos Sebold consigue plasmar con eficacia los aspectos emocionales de unas experiencias significativas dentro de su biografía personal. De este bloque también son destacables los artículos relacionados con sus ideas literarias y pedagógicas; es de destacar «Hispanismo y lengua en los Estados Unidos» (82-87), brillante denuncia de las carencias de cierto hispanismo norteamericano *à la mode*.

Pero como se ha mencionado antes, el mayor interés del libro radica en sus dos secciones de crítica literaria propiamente dicha. A Russell Sebold le cabe el honor de ser el autor que más ha valorado el siglo XVIII español dentro de la crítica literaria moderna. En las décadas de los años setenta, ochenta y noventa, cuando el interés por este periodo estaba prácticamente sepultado por el tirón de la literatura social del siglo XX peninsular o por el «boom» hispanoamericano, Sebold estudió con tanto rigor como entusiasmo las contribuciones de los ilustrados españoles a la literatura occidental. El presente volumen vienen a ser una muestra muy completa de unas investigaciones que acabaron extendiéndose al romanticismo, al que también ha dedicado una parte muy importante de su labor académica.

Las conclusiones fundamentales de más de treinta años de trabajo incluidas en el presente libro vienen a contradecir décadas de mala información y clichés sobre la literatura española de los siglos XVIII y XIX. Se trata de refutar ideas muy extendidas que han calificando el siglo XVIII español como irrelevante, minimizando la

importancia de la Ilustración nacional. De todos son conocidas estas ideas: los pocos ilustrados españoles fueron tardíos y poco originales, «afrancesados», como los calificó la crítica casticista; el romanticismo español —también tardío— fue inferior al francés y al inglés, limitado a un grupo de intelectuales que iban y venían de sus exilios en París o Londres.

Antes de entrar en las constantes de estos ensayos entendidas como tesis centrales, es importante señalar algunas características esenciales que caracterizan la obra del profesor Sebold desde el punto de vista de su aproximación teórica al texto crítico mismo, o por decirlo de otra forma, desde un punto de vista hermenéutico general. Así, por ejemplo, se cuestiona sistemáticamente la distinción tradicional entre autores «menores» y «mayores», algo que le sirve a nuestro autor para articular muchas de sus posiciones críticas. Otra característica —creemos que muy destacable— es la gran cultura comparativa del crítico norteamericano. Su conocimiento de la literatura y la historia de otras naciones europeas contribuye a contextualizar con eficacia sus análisis de la literatura española. Las constantes referencias a los autores extranjeros aportan una dosis de rigor a menudo ausente en la crítica académica de hoy. En otro orden de cosas, un aspecto peculiar de su obra claramente ausente en la mayoría de la crítica contemporánea es el no disimulado entusiasmo por la belleza y la emoción en el texto literario, temas de difícil estructuración discursiva a partir de las premisas posestructuralistas, poscolonialistas o neo-historicistas. Esta necesidad de expresar la emoción estética por parte de Sebold nos provoca cierta ternura, especialmente si tenemos en cuenta la dificultad hermenéutica y epistemológica de «traducir» y articular tales conceptos.

Las conclusiones de los ensayos —entendidas aquí como tesis— se pueden resumir en los siguientes puntos: 1) la ilustración española sí existió; 2) los ilustrados españoles bebieron tanto, o más, de las fuentes propias (Garcilaso y Fray Luis de León) como de las traspirenaicas; 3) el romanticismo español no fue posterior al francés, el inglés o el alemán; fue, al menos, simultáneo, y en algunos aspectos se adelantó a éstos; y 4) las producciones románticas y neoclásicas españolas se superponen y coexisten en el tiempo. Reduciendo aún más las líneas básicas del presente volumen, y de toda la obra académica de Sebold, podríamos quedarnos con dos conclusiones esenciales: por un lado, la literatura española de

los siglos XVIII y XIX fue plenamente moderna, y por otro, el «concepto de periodización literaria» conformado en torno a las centurias es tan arbitrario como insuficiente.

Más de uno se sorprenderá de que en 1686, en plena decadencia barroca, Francisco Gutiérrez de los Ríos, Conde de Fernán Núñez, publicara un libro claramente ilustrado, con un título inequívocamente dieciochesco, *El hombre práctico*. En el ensayo «El español más moderno de 1680», Sebold nos describe el libro del aristócrata cordobés que con su epistemología empirista se adelantó en varios años nada menos que a John Locke. Gutiérrez de los Ríos exaltó las matemáticas como la reina de las ciencias, conoció el microscopio, propugnó disolver los mayorazgos y, mucho antes que Feijoo, ridiculizó la superstición del catolicismo popular.

Sebold ha contribuido a la revisión de la poesía del siglo XVIII español con una extensa colección de libros y artículos, y el presente volumen incluye —como mencionamos antes— una defensa entusiasmada del nivel estético de dicha poesía, calidad que no sólo no quedó disminuida por el racionalismo, sino que fue salvada y reformada por éste. «Comenzó la reforma con el renovado estudio de la poética clásica; incluyó la republicación de grandes poetas clásicos, cual fray Luis de León, Garcilaso, Villegas y los Argensolas, y tan buenos principios fueron la inspiración de poetas nuevos como Cadalso, Jovellanos, Menéndez Valdés (...), quienes (a su vez) fueron los antecesores de los románticos» (201; «Antes del neoclasicismo»).

La revalorización de toda la literatura nacional de los siglos XVIII y XIX queda registrada en una serie de tesis encadenadas con verdadero entusiasmo. Al analizar la obra de Feijoo, por ejemplo, el crítico norteamericano reconoce que éste careció de importancia «en el detalle» y admite que sus análisis filosóficos ya no interesan, pero ve al fraile asturiano, no sólo como pionero del costumbrismo de la primera mitad del XIX, sino también como un adelantado de la novela realista de la segunda mitad de dicho siglo. Las semillas de ambos movimientos las identifica Sebold en «los pasajes descriptivo-narrativos que parecen fragmentos de novela, como sucedería más tarde en los artículos de Mesonero y Larra» (215; «Feijoo, costumbrista moderno»). Lo que nos lleva a su siguiente tesis —ésta ya no estrictamente original— de que los costumbristas de ambiente madrileño anticiparon la novelística posterior del siglo XIX. Pero la modernidad de estos autores no

sólo anunció un nuevo género novelístico, sino también el género ensayístico mismo; el punto de vista de sus comentarios, su escepticismo, la calidad de sus reflexiones reflejaron una muy peculiar «unión de creación y pensamiento en una forma que se anticipa al ensayo moderno» (216).

Encontramos claros elementos de «modernidad» literaria tanto en los escritores consagrados —Jovellanos y Feijoo— como en periodistas y ensayistas de escasa notoriedad. Así, el canario José de Clavijo en su colección de ensayos periodísticos —*El pensador*— salpicados de protagonistas ficticios, personajes-tipo de la sociedad española, viene a ofrecernos un compendio de la mejor ideología ilustrada del momento. Sebold conecta aquí, además, el racionalismo ilustrado con el realismo de la novela decimonónica, pues los comentarios y observaciones del periodista canario trascienden la «episteme» del siglo XVIII para entrar de lleno en la caracterización más moderna del realismo social... «la caracterización de los tipos (de *El pensador*) se logra a través de minuciosos análisis de sus psiques o, como en la novela moderna, mediante rasgos que los personajes descubren por su conversación. Tiene sus orígenes en el setecientos ese uso del diálogo como móvil de la acción novelística y síntoma psicológico que muchos mal informados especialistas de la novela realista ven como invento del último tercio del siglo XIX» (240; «Clavijo en el costumbrismo»).

Otro ejemplo de modernidad en un autor de poca fama lo constituye Pedro Montengón que en 1770 publica su novela *Rodrigo*. En esta obra, calificada en su tiempo como de «realismo épico», se dan todos los elementos esenciales de la novela romántica, algo que Menéndez Pelayo no vio con claridad. Para Sebold, «es hora de que insistamos en el hecho de que el *Rodrigo* de Montengón es la primera novela histórica romántica ahora conocida» (294; «Montengón y la novela romántica»).

Una obra ignorada del siglo XIX fue *La razón natural*, colección de ensayos que el profesor Sebold encontró en un mercado callejero de Barcelona y de la que, al parecer, nadie tenía constancia en España. El lugar y fecha de edición es Londres, 1833, y un análisis superficial del libro nos revela que el autor (G.T. de S. Y B.)... «es español, lo mismo por sus iniciales que por su estilo» (371; «Heterodoxia y romanticismo»). Se trata de un interesante tratado de escepticismo filosófico que reta la fe religiosa desde el racionalismo ilustrado, aunque a veces entra —como nos hace ver

Sebold— en el existencialismo unamuniano... «si Dios está en todas partes, está en mí; obra conmigo y se engaña conmigo, y combate conmigo la existencia de Dios» (373).

La lista de estudios sobre autores «menores» adelantados a los consagrados dentro y fuera de España es extensa: las novelas de Wenceslao Ayguals, Antonio Flores y Jacinto de Salas ya en pleno romanticismo —todos ellos publican en la década de 1840— anuncian en su temática y estilo al realismo posterior de Pereda y Valera. Entre 1840 y 1860 poetas prácticamente desconocidos hoy como el canario José Plácido Sansón, el mallorquín Tomás Aguiló o el castellano Vicente Sáinz-Pardo son vistos como claros antecedentes de Gustavo Adolfo Bécquer. El estudio de alguno de éstos, como el del poeta suicida catalán Juan Antonio Pagés, le sirve a Sebold para argumentar en favor de la originalidad del movimiento romántico español:

El interés de Pagés (1771-1851) se explica por la insospechada calidad de algunos de sus poemas, y porque el *fastidio universal* y la retórica que acompañan al tema del suicidio en el verso de tan olvidado poeta representan nuevos documentos con que rebatir la vieja pero errónea idea de que el romanticismo español fuera una pálida imitación del extranjero con poca diseminación y poca extensión en el tiempo (412).

Pero de todos los ejemplos de escritores «avant la lettre» estudiados a lo largo de este sustancioso volumen, el más importante, y al que se dedican media docena de ensayos, es el de José de Cadalso. Según Russell Sebold, la crítica todavía no ha hecho justicia a Cadalso, en quien ve al pionero, nada más y nada menos, que del romanticismo europeo, del costumbrismo decimonónico y de la novela social moderna. En las *Noches Lúgubres* —terminado en 1771, tres años antes de la publicación del *Werther* de Goethe— el suicidio del protagonista y el tono del drama son un clarísimo anuncio de la nueva mentalidad romántica. Se trata de la primera obra romántica europea. Nada más romántico que el protagonista Tediato planeando desenterrar a su amante y suicidarse junto al cadáver. Las *Noches lúgubres* contienen lo que veinte años después Melénzéz Valdés calificaría de «fastidio universal», y los románticos franceses como «mal du siècle». Es la atracción del vacío estimulada por un amor imposible, el abis-

mo infinito entre la realidad y el deseo y, también, como reconoce Sebold, cierto narcisismo autodestructivo por parte de los jóvenes cultos de la época. En otra obra de Cadalso, en la comedia lacrimosa *Solaya*, encontramos más elementos claramente románticos que neoclásicos; en ella «el individuo será la norma, la encarnación de una nueva moralidad superior, singularmente atractiva; y la sociedad será la aberración, el vivero de todos los vicios. En esto se oyen los ecos del pensamiento revolucionario de Rousseau» (246; «Cadalso y el drama romántico»).

En el artículo *La novela social de Cadalso*, el crítico norteamericano analiza las *Cartas Marruecas* concluyendo que este libro viene a ser la mejor novela española y una de las mejores de Europa. En ésta los elementos novelísticos no han sido correctamente evaluados por la crítica, que no ha sabido ir más allá de sus aspectos puramente ideológicos. La formación de los personajes, el tono, el detalle realista de su representación constituyen para Sebold una magnífica fusión de costumbrismo y novela social, un adelanto realmente notorio en la historia de la literatura europea.

Si las conclusiones de Russell Sebold son ciertas queda entonces por explicar por qué tantos estudiosos de la literatura española durante tanto tiempo han desestimado la modernidad de nuestros siglos XVIII y XIX, especialmente del primero. Estas preguntas nos llevan a análisis tanto literarios como extra-literarios. Entre los primeros análisis, cabe cuestionarse si los autores españoles alcanzaron el nivel de originalidad y universalidad de un Voltaire o un Hölderling. Preguntas de difícil respuesta por su fuerte contenido de subjetividad. Entre los análisis extra-literarios no es difícil entender que la situación socio-económica y cultural de la Península Ibérica durante esos siglos boicoteó la producción, lectura y difusión de cualquier clase de literatura libre. La labor culturalmente represiva de la Iglesia y la persistencia histórica de las estructuras del Antiguo Régimen son hechos ya universalmente aceptados por la historiografía. Las producciones culturales no se dan en el vacío; la pobreza económica, por un lado, y la dialéctica paralizante de «las dos Españas», por otro, no podían sino limitar todo lo relacionado con el pensamiento progresista y la creación más original. Ignorar esto puede ser peligroso.

En cualquier caso, estos *Ensayos de meditación y crítica literaria*, reflejo de toda una vida de riguroso trabajo académico, con-

tribuyen a plantear nuevas preguntas, arrojando luz sobre una época literaria que sigue reclamando más atención y más rigor por parte de la crítica.